

## Las Aráceas

Por el Profesor Anastasio Alfaro

Ofrecemos hoy el dibujo del dasheen o malanga, tomado de las "Plantas útiles de Colombia", por Enrique Pérez Arbelaez. Es una planta típica de la familia Aráceas, con su cebolla rojiza, peciolo largos, hojas cordiformes y tubérculos hermosos. En Costa Rica se produce muy bien, desde hace muchos años, así como en las Antillas y América tropical, por ser una planta de origen africano, que viaja con la gente de color, como alimento preferido, lo mismo que el ñame; su cultivo es fácil y la producción abundante, en tubérculos alimenticios. Por otro lado, su gran tamaño y belleza especial, le permite ocupar un lugar preferente entre las plantas de ornato.

Nuestro Boletín de Fomento publicó en julio de 1913 un precioso grabado del tubérculo del dasheen, que vale la pena de consultarlo para obtener una idea exacta de la forma y tamaño de este producto alimenticio. Su facilidad de cultivo es tan grande,

que los pedazos abandonados en el suelo se reproducen, brotando plantas nuevas en todo el terreno removido.

La hoja de pata (*Xanthosoma roseum*) crece al borde de los pantanos y riachuelos, tanto en la meseta central como en ambas vertientes del país; de igual manera se halla en toda la América Central, desde Panamá hasta México; por sus grandes hojas, de un metro de amplitud, llamó la atención en el bosque tropical y la siembran, a la orilla de los estanques, como planta de ornato, completando su belleza una gran espata floral, de color rojizo en su base y blanco de marfil en la campana superior; el espádice interno es blanco y mide veinte centímetros de largo, remedando el conjunto una vela de esperma protegida por lujoso quinquí.

El tronco de la pata alcanza tres metros de alto y veinte centímetros de diámetro, cuando crece en condiciones de humedad a-



Dasheen o Malanga (*Colocasia esculenta*, L.)

abundante, como en la falda oriental del Volcán Turrialba.

El Doctor Calvert, en su libro sobre Costa Rica, se refiere con entusiasmo a esta planta y dice, que los ejemplares observados por él en Alajuela, tenían las hojas inclinadas en ángulo recto sobre la línea del pecíolo. Posteriormente me han asegurado, en aquella misma región, que sancochan los tubérculos de la papa para engordar cerdos, con resultados satisfactorios, pero nunca se han usado como alimento humano.

Debo a doña Amparo de Zeledón el placer de tener a la vista una lengua del diablo, perteneciente al género *Anthurium*. Es una gran cepa que tiene muchas hojas oblongo-lanceoladas, de quince a veinte centímetros de largo, con pecíolos rígidos, de diez centímetros de longitud e inflorescencia roja, de forma de estandarte, que mide cinco por cuatro centímetros de amplitud, el pedúnculo es delgado y largo, y el fruto enroscado, de color rojizo, que luego se torna gris verdoso, al secarse la flor. Esta joya de los invernaderos procede del monte Aguacate, pero también se halla en Guatemala, y desde 1850 se ha propagado en los jardines de Europa y Norte América, lográndose modificar el color, por medio de hibridación.

Esta familia tiene ciento veinte y tres especies, distribuidas en veinte géneros; diez de ellos con una especie solamente, como la cala y la lechuga de agua, a que nos referimos en artículo anterior; pero otros tienen mayor número y alguno de ellos abarca casi la mitad de todas las formas nacionales, distribuidas en el bosque de ambas vertientes, desde la cumbre de los volcanes hasta las llanuras húmedas del Atlántico y la cuenca de los ríos, en el océano Pacífico.

Pocas plantas hay que se presten a conjecuras tan contradictorias como las Aráceas: a una de esas le llaman Corazón de Jesús y a otra lengua del Diablo, que son los símbolos opuestos del bien y del mal, respectivamente; a una le dicen lotería atribuyéndole la propiedad de atraer la suerte y la cultivan con amor en todas las casas, mientras otras se conocen con el nombre de comida de culebra y las cortan donde quiera que se

hallan; tampoco faltan médicos investigadores que pretenden encontrar sapotoxinas, en muchas de ellas, capaces de predisponer el organismo humano para recibir el virus de la lepra, mientras algunos curanderos sospechan propiedades medicinales en muchas de estas plantas. Nada diremos de su aplicación en la fábrica de canastas, ni del alto valor decorativo, como plantas de ornato, a pesar de la humildad con que viven, en los pantanos, riachuelos, al pie de los árboles, en lo más recóndito del bosque sombrío.

La *Montrichardia arborascens* es una planta de tres metros de alto, propia de los riachuelos, aguas estancadas y pantanos abiecos, especialmente al lado del Atlántico. Su tallo se mantiene erguido, gracias a duras raíces que le permiten agarrarse al suelo con firmeza; tiene grandes hojas, en forma de arpones, de pecíolo largo; la inflorescencia es grande, blanca y vistosa, como la de la cala; su distribución geográfica abarca toda Centro América, desde Guatemala hasta Colombia.

La chirravaca que tenemos en la meseta central es conocida científicamente con el nombre de *Monstera pectusa*. Su tallo trepador se arrastra por la corteza de los árboles, agarrándose con raíces fuertes, hasta de metro y medio de largo, que cuelgan a veces como las raíces de la hiedra o del ficus, llamado mata palo. Las hojas de chirravaca son agujeradas, de forma oval, pecíolo rígido, acanalado, cuya longitud alcanza sesenta centímetros, incluyendo lámina y pecíolo, por mitades, aproximadamente. El espádice mide siete centímetros de largo y la espata es tan pequeña, que apenas lo cubre, forrándolo, como si fuera una cápsula.

Otra arácea llamativa por su forma, es el *Philodendron tripartitum*, de color verde lustroso, con hojas de pecíolo largo, cilíndrico de cuarenta centímetros de longitud y lámina partida en tres, cuyo lóbulo central mide treinta centímetros, del medio de la hoja a la punta. Las espatas salen de las axilas foliares y se levantan a quince centímetros de alto, sobre un pedúnculo de igual tamaño; también las hojas nuevas brotan al

extremo del tallo, protegidas por una espata amarillenta, que al secarse dejan marcas circulares al pie de cada peciolo. Quizá el color rojizo del fruto ha motivado el nombre vulgar de "comida de calabaza."

La inflorescencia se abre a mediados de noviembre, mostrando el espádice blanco, de un decímetro de largo y doce milímetros de grueso, protegido por una espata verde por fuera y pálida por dentro, con cierto tinte castaño en la base interna. Al marchitarse las hojas de esta planta, toman un hermoso tinte amarillo de oro, al menos en plantas más pequeñas, que pudieran pertenecer a una especie diferente, del mismo género. Después de permanecer abierta la espata floral por un día, vuelve a cerrarse, como un santuario, sin que pueda notarse la diferencia entre los espádices fecundados y los que están vírgenes, hasta después de madurar el fruto.

En las montañas de San Ramón encontró don Alberto Brenes una especie nueva, que el Profesor Standley denominó *Philodendron Brenesi*. Es una planta epífita, de tallo trepador y hojas de color verde y miden treinta centímetros de largo, por quince de ancho; el peciolo es casi tan largo como la lámina de la misma hoja y las nervaduras igualmente fuertes. Así como ésta pudieran citarse muchas otras, que son el encanto de los bosques tropicales desde México hasta el río Amazonas.

Esta familia debe ser una de las más antiguas, porque tiene plantas acuáticas, formas palustres, otras terrestres y muchas epífitas, dotadas de raíces adventicias, de manera que han podido pasar por los tres elementos de vida conocidos, agua tierra y aire, modificando sus órganos de reproducción, hasta dejar especies capaces de vivir unas en el estancque, otras en los pantanos, unas en el suelo y otras sobre los árboles. La última especie a que nos referimos, estaba al pie de un higuerón, entre las piedras del río Jorco, sin tocar la tierra con sus raíces.

Pocas familias habrá que presenten una variedad tan grande de formas y tamaños, en un centenar de especies, como las aráceas; hay plantas que tienen hojas con peciolo de

sesenta centímetros de largo, y lámina pelada de cuarenta, cuando otras de la misma cepa, no llegan a la tercera parte, en tamaño. Las plantas terrestres se propagan por rizomas y la lechuga de agua por estolones flotantes, mientras las epífitas ascienden por el tronco de los árboles, con sus hojas envainadoras, hasta la cumbre de las ramas, formando en el bosque verdaderos jardines adventicios.

En medio de tanta variedad de tamaños, formas y colorido, se mantiene la mayor armonía: muchas hojas peladas, miden, por el ancho, la mitad de su longitud y el peciolo es igualmente largo, dando al conjunto un aspecto encantador.

Hay al lado de estas plantas una gran variedad de begonias, de tallos erectos, de medio metro de alto, desnudos, con hojas alternas, de peciolo corto y lámina en forma de ala, de un decímetro de largo y color verde tierno, lustroso, en cuyas axilas terminales se forman pequeños racimos de flores encarnadas, que parecen de concha nácar, con una borla de estambres amarillos al centro. Los pedúnculos alcanzan doce centímetros de longitud y presentan un tinte carmesí, como los pedicelos; dos sépalos rosados al dorso y blanquecinos al frente, de dos centímetros de diámetro, junto con dos pétalos blancos, aquillados, forman el conjunto de estas flores delicadas. Por la forma de las hojas, llaman estas begonias "Alas de ángel".

Los jardineros de la meseta central cultivan la *Begonia plebeja* que es una planta de rizoma rastrero, hojas dentadas, de peciolo tan largo como la misma lámina; de quince centímetros; por encima son de un verde aceitunado y al dorso color de vino tinto, pubescentes y con ocho nervaduras principales. El vástago floral, de medio metro de largo, presenta al extremo dos bifurcaciones opuestas, donde brotan las flores, igualmente pareadas, con sépalos ligeramente rosados, de un centímetro de amplitud, en cuya unión aparecen los estambres amarillos; cada pedicelo protegido por una bráctea color de rosa y el conjunto remeda un

abanico desplegado de cuatro ramos florales.

Hay otra especie cultivada en diversos lugares, por su belleza superior; tiene un rizoma peludo y grueso, con hojas de un palmo de amplitud y pecíolos largos, erectos, cubiertos de escamas punteadas; la nervadura consta de siete venas, que marcan el centro de otros tantos lóbulos, desnudos en su parte superior y pubescentes al dorso; las flores son rosadas, en ramo vistoso al extremo de un vástago escamoso, que se levanta entre la numerosa agrupación de hojas, como si fueran estandartes de un compacto desfile escolar.

En muchos países está considerada esta begonia como uno de los mejores atractivos de parques, invernaderos y jardines privados. Solamente en Honduras, Guatemala y México se ha encontrado esta especie en estado silvestre.

Entre las begonias cultivadas hay una que llaman "Estrella del Oriente", por la forma de las hojas, que tienen siete lóbulos, correspondientes a otras tantas venas, escamosas al dorso, de quince centímetros de largo; el pecíolo tiene la misma longitud, pero es grueso, finamente estriado y muy escamoso; en cambio el rizoma parece una papa desnuda. Lo más interesante es el vástago

floral, de sesenta centímetros de alto, pubescente, con dos ramos de flores encarnadas, las de arriba tienen los estambres y las de abajo los pistilos, sobre cápsulas triangulares, dotadas de una aleta ancha y dos angostas, que forman con los sépalos rosados una cámara nupcial encantadora.

Sobre las peñas, al margen de los ríos, en la meseta central, hay otra especie, conocida con el nombre de *Begonia barbara*, cuyo rizoma es grueso y tendido, del cual se levantan las hojas de pecíolo largo, ligeramente pubescente; una lámina casi oval, de borde dentado, con siete nervaduras, forma el cuerpo de la hoja; su tamaño alcanza diez y siete centímetros de largo, hasta la punta, por siete de ancho, o algo más. En su base parecen estas hojas cordiformes, como es lo corriente en la gran mayoría de estas plantas y su aspecto general es el de hojas completamente desnudas. Los racios florales se levantan más alto que las hojas; son desnudos y abundantes en florecillas blancas, ligeramente rosadas, cuando tienen forma prismática triangular, puntiagudas en su base, con las aletas truncadas al extremo, dos de ellas iguales, de centímetro y medio de largo, así como la tercera, que se diferencia solamente por ser más angosta que sus dos compañeras.